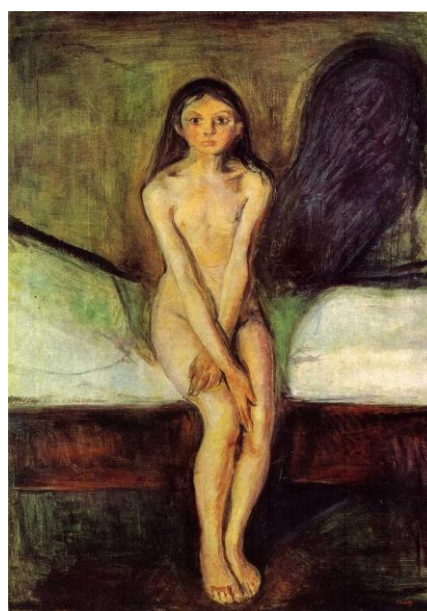


Lore: Una metáfora aún vigente sobre el fin de un sueño

Por Salomé Guadalupe Ingelmo

Lore ofrece una mirada sin fariseísmos a la caída del nazismo: desde el otro lado, desde los ojos de los hijos de los verdugos, que eran también víctimas inocentes. Porque los niños son sólo niños. Y el horror es siempre horror, independientemente de quién lo sufra. Porque en las guerras no hay vencedores sino sólo vencidos. Todos pierden algo. Para empezar, humanidad. Por eso tanto unos como otros, aunque quizá no a partes iguales ni de la misma forma, merecen comprensión –lo que no equivale a justificación– y conmiseración.

Estamos, sin duda ante genuino cine europeo. En esta película no caben los reconfortantes tópicos ni los personajes estereotipados. *Lore* es espacio para la reflexión profunda, sin complejos, sobre la naturaleza humana, sobre los aspectos menos gratos de la naturaleza humana. Donde el *pathos*, el conflicto interior del ser humano, su lucha por sobrevivir a las propias e inevitables contradicciones, prevalece. Esa dolorosa tensión bebe sabiamente de los silencios, de las pausas en los diálogos. Y sabe convivir armónicamente, también, con escenas de gran plasticidad y serenidad, en las que la belleza y la quietud de los campos que sirven como vía de fuga se oponen a la bestialidad de la guerra. *Lore* no intenta ganarse al público con artificios o sutilezas; no es una película fácil ni desde el punto de vista argumental ni tan siquiera desde el plano meramente visual.



Quizá por eso, y porque no se supo o no se quiso advertir su paradójica actualidad, la película, estrenada en Alemania en 2012 y a mediados de diciembre de 2013 en España, pasó relativamente desapercibida. Tuvo buenas críticas, es cierto, por parte de los especialistas y aficionados al cine. No obstante se presentó como una película minoritaria, centrada únicamente en un periodo muy concreto de la historia de Alemania, y no atrajo la atención de un gran público.

Producción mayoritariamente alemana y dirigida –en alemán, entendiéndose que una lengua es parte esencial de una cultura y condición necesaria para comprender ésta– por la canadiense Cate Shortland –que recogió numerosos testimonios anónimos acerca del periodo abordado– sobre una adaptación de la novela “*El cuarto Oscuro*” de Rachel Seiffert, fue escogida por Canadá para competir por el Oscar a Mejor Película de Habla no Inglesa en 2013. Pero ni siquiera logró introducirse entre las nominaciones. Desde luego hubiese sido difícil imaginársela triunfando en Hollywood: demasiado densa, y contada con unos tiempos para los que el público y jurado americano probablemente no está preparado.

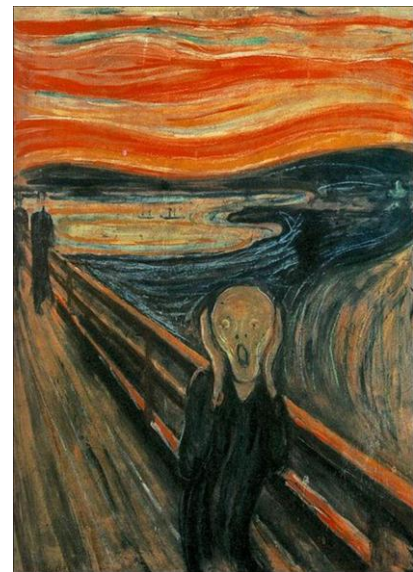


Lore retrata, con una crudeza despojada de protocolos o artimañas cinematográficas, y por ello sobrecogedoramente verosímil, el origen de la tragedia sufrida por una generación que se vio obligada a asistir al derrumbamiento de su mundo: un sueño convertido en cenizas. Como los vestigios de las fotos del glorioso Führer que la madre de la protagonista quema en el vano intento de borrar todo rastro de su pasado nazi, y que llueven en el bosque, lugar de los últimos juegos infantiles, sobre la aún ingenua muchacha.

¿Cómo se acepta que todo cuanto nos enseñaron estaba equivocado? ¿Que todo aquello en lo que creímos era mentira? ¿Qué se hace cuando tu universo se desmorona y descubres que todo está al revés; que todo es lo contrario de lo que pensabas, de lo que siempre te dijeron? ¿Cuando se pierden las referencias conocidas y lo que parecía ser el cielo se revela sórdido suelo? Ese desconcierto vital que sufre una generación se plasma mediante una hermética y atrevida metáfora visual: en un original plano en el que Lore, que se lava en un río –quizá como en un catártico ritual, como símbolo de purificación y alegoría del bautismo necesario para el renacimiento e ingreso en una nueva vida. Porque lo cierto es que ella, tras haber visto las fotografías de los campos de exterminio y a su padre en ellas, ya ha comenzado a nutrir dudas sobre las virtudes del que fue su sistema, y se debate en su interior–, aparece cabeza abajo. Un plano que se justifica porque es Thomas quien la mira mientras cuelga de una rama cabeza a abajo. Es él, y no ella, quien en realidad está cabeza abajo. Y es que las formas de ver el mundo, las ópticas desde las que podemos aproximarnos a éste, no son únicas sino muy variadas. Además, lo que vemos no es siempre lo que parece. Porque nuestra mirada no condiciona al ser, sino sólo lo que nosotros percibimos de éste.

Y es que, al margen de una tragedia generacional concreta, *Lore* nos enfrenta a un conflicto complejo que no se restringe a un ámbito cronológico o geográfico: el de la identidad. ¿Qué hace de nosotros lo que somos? Cuando Lore cree que Thomas es un judío, lo considera un parásito, un ser inferior y repugnante. Sin embargo la figura de ese muchacho que la ha salvado a ella y a sus hermanos haciéndolos pasar por judíos supervivientes de Buchenwald, que los ha alimentado día a día en su marcha hacia la seguridad de la casa de la abuela de la protagonista, cobra una nueva dimensión cuando ella descubre que los documentos que le identifican como hebreo pertenecen a un judío muerto, y que él los ha utilizado únicamente a modo de salvoconducto. Y sin embargo el muchacho sigue siendo la misma persona. Y sin embargo para los demás resulta despreciable o no, semejante o ajeno, según lo que digan unos papeles.

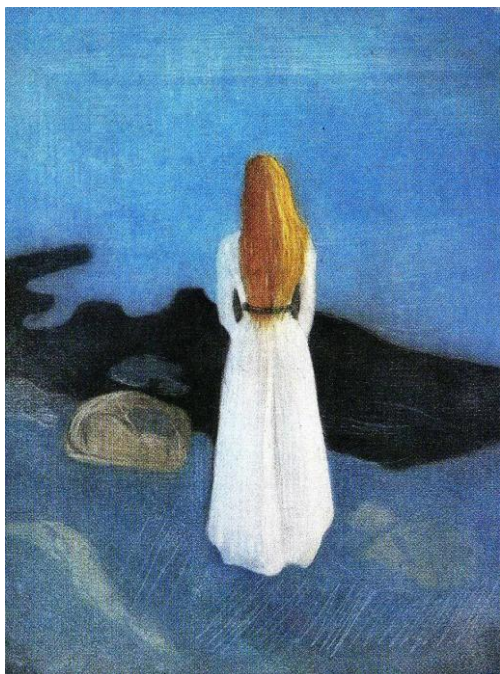
“*Por sus frutos los conoceréis*”, aseguran los Evangelios (Mateo 7:16). Y sin embargo los actos de Thomas, comprende Lore después, siguen



siendo los mismos: los mismos antes y después de descubrir que sus documentos judíos son falsos.

Ciertamente Thomas, aunque sus documentos sean falsos, parece haber estado en un campo, como testimonia un número tatuado en su antebrazo, o la practicidad con la que ha aprendido a enfrentarse a la muerte –ante el cuerpo recién tiroteado de uno de los hermanos menores de Lore, su primera reacción antes de huir bajo los sucesivos disparos, es quitarle los zapatos al cadáver para que al menos su hermano gemelo pueda aprovecharlos–. A menudo se nos olvida que no sólo los judíos se hacinaron en los campos de trabajo y exterminio nazis: allí acabaron también homosexuales, gitanos, opositores al régimen –o a regímenes afines como el franquista– e incluso presos comunes, como parece ser el caso de Thomas, que en efecto reconoce haber estado en la cárcel por robo. Y aún estos son sólo una parte de los perseguidos, porque un régimen autoritario difícilmente acepta la discrepancia de ningún tipo. Generalmente olvidamos la persecución de cualquiera que fuese considerado inadaptado: prostitutas, enfermos mentales, disminuidos psíquicos, adictos al alcohol o las drogas, vagabundos, mendigos, indigentes...

Las identidades colectivas, nacionales o no, a menudo se construyen con los prejuicios. Y los prejuicios se alimentan de incompreensión, que a la postre sólo sabe generar odio. Los prejuicios no nos unen, sino que nos separan. Y todo aquello que nos separa, nos hace más débiles y menos humanos. Como Santiago Genovés –por ejemplo en *Expedición a la violencia*, especialmente en su capítulo “*Supervivencia: ¿cooperación o lucha?*”– ponía de manifiesto, como todos los grandes estudiosos del comportamiento humano confirman, el individuo ha logrado sobrevivir y evolucionar gracias a la colaboración dentro de la especie. La violencia innata, y más la supuesta violencia innata hacia nuestros congéneres, es, por tanto, una falacia fácilmente desenmascarable por la más básica biología.



Cuando Lore entierra entre el fango y la paja, quizá incluso entre estiércol, la foto de su padre retratado como brillante militar uniformado, paladín de un imperio, junto a la foto de su padre retratado en su papel de comandante de un campo de exterminio, está enterrando también una parte de su pasado: comienza a aceptar el desvanecimiento del sueño en el que ha vivido, en el que toda la Alemania nazi vivió. Comienza también a sentir la vergüenza y a dar la espalda a lo que ha sido. No por casualidad inmediatamente antes se produce una de las escenas de mayor tensión sexual –siempre irresuelta, pero poderosamente latente– entre ella y el judío Thomas, buscada por la propia Lore como una forma de rebeldía y sublevación contra una estructura de pensamiento sobre la que ya no nutre las viejas certezas. Cuando Lore, ya a

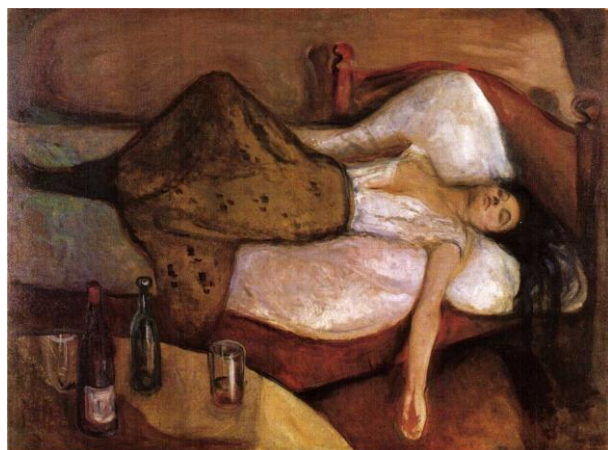
salvo en casa de su abuela, figura autoritaria que aún sigue convencida de que sus nietos no han de renegar de la labor de sus padres sino sentirse orgullosos de ella porque en efecto hicieron lo justo a pesar de haber perdido la guerra, rompe las estrictas reglas a la mesa y se lanza sobre la comida como un animal sin modales o como un “vulgar” preso de un campo de concentración, confirma su rebelión contra el sistema. No contra el

sistema que oficialmente ha caído, contra ése del que incluso los adultos han de abjurar ante las fuerzas de ocupación rusas, inglesas o norteamericanas por mera supervivencia ya que no por convicción; sino, mucho más importante y difícil de afrontar, contra el sistema que hicieron arraigar en su mente desde la infancia. Porque los adultos, largamente aleccionados y alienados por un poder omnipresente y manipulador, quizá sean difícilmente recuperables; pero en los niños y jóvenes, con menos experiencia a las espaldas y por tanto más dúctiles mentalmente, reside la esperanza de cambio.

La escena final, en la que el delicado ciervo de porcelana, símbolo de la inocencia, último vestigio de los objetos sacados de la casa paterna y legados por su madre, custodiado amorosamente entre lienzos en mitad del horror, al miseria y la sordidez a lo largo de un peligroso y amargo viaje que es también un viaje iniciático a la desencantada edad adulta, acaba, ya en la seguridad de la casa de su abuela, bajo la bota de Lore, pisoteado con saña y hecho añicos, resulta una metáfora no menos cruda que las diversas imágenes violentas de la película.



Toda una generación hubo de aprender a convivir con la reprobación del resto de sus congéneres. Hubo de aprender a portar el peso de las miradas acusatorias y la vergüenza, de la culpa justificada o no. Toda una generación hubo de renunciar a cuanto



había conocido y considerado justo, a todo cuando había aprendido, a su acervo cultural y tradiciones. No importa si todo ello era equivocado o no, lo innegable es que esa generación hubo de abandonar su entero mundo y aprender adaptarse a otro nuevo, diametralmente opuesto al de sus progenitores. Lo importante es que esa generación hubo de aprender a convivir con la idea de que sus padres fueron monstruos, a vivir con ello y a seguir adelante. A reconocerlo públicamente

y a humillarse, o a esconderse, y a seguir adelante. Lo importante es que hubieron de repudiar un sistema perverso y degradante –que aniquilaba las libertades y exterminaba al diverso, que explotaba al débil y cosificaba al “enemigo”, que sembraba el odio y la discordia para asegurarse el mantenimiento en el poder sin oposición alguna, que exigía el pensamiento único o, lo que es lo mismo, la ausencia de pensamiento...–, y seguir adelante. Seguir adelante desorientados, con puntos de referencia totalmente nuevos: casi como un bebé sin experiencia del mundo, pero con el lastre añadido del trauma ocasionado por la pérdida y el desarraigo.

¿Cómo despierta todo un país de un espejismo, de un bello cuento de hadas? Y cuando lo hace, ¿cómo sobrevive al choque con la dura realidad? ¿Quién nos prepara para renunciar al sueño, especialmente al sueño de gloria, que otros han tejido para nosotros? En el fondo bien pensado, en contra de lo que pudiera parecer a primera vista, lejos de recordar un pasado ya obsoleto, la



película nos enfrenta a un argumento de terrible actualidad. El fin de una era es siempre difícil de aceptar por sus protagonistas.

Y se imponen, de nuevo, las mismas preguntas de entonces: ¿de verdad los pecados de los padres han de ser expiados por los hijos? ¿De verdad hemos de aceptar como nuestras las herencias que no pedimos?



Sinopsis: Alemania, primavera de 1945, las tropas aliadas entran en el país y el Führer se suicida. Se instaura el caos y en el ejército alemán los mandos, especialmente los miembros de las SS más expuestos a ser acusados de crímenes de guerra, intentan deshacerse de las pruebas que puedan inculparlos. Entre ellos está el padre de Lore, oficial de las SS al mando de un campo de exterminio. Él y su esposa habrán de dejar la lujosa casa familiar e intentar huir, pero serán capturados. Abandonados a su suerte en un país asolado por el desorden y la violencia, Lore y sus hermanos menores, indocumentados, tendrán que huir de la Selva Negra y refugiarse en los bosques para intentar alcanzar la seguridad que ofrece la casa de su abuela, en Hamburgo, de la que les separan más de ochocientos kilómetros. A lograr su meta les ayudará Thomas, un joven judío liberado de los campos y habituado a sobrevivir en cualquier circunstancia.

Premios

2012: Festival de Locarno: Premio del público (Piazza grande)

2012: Seminci de Valladolid: Mejor Nuevo Director

2013: Festival de Cine de Pekín: Mejor Directora y Mejor Fotografía

Ficha técnica

Director: Cate Shortland

Productores: Rohfilm, Porchlight Films, Edge City Films
Guionistas: Cate Shortland, Robin Mukherjee
Actores: Saskia Rosendahl, Kai Malina, Nele Trebs, Ursina Lardi, Hans-Jochen Wagner, Mika Seidel, André Frid, Eva-Maria Hagen
Música: Max Richter
Fotografía: Adam Arkapaw
Género: Bélico, Thriller, Drama
País: Australia, Alemania, Reino Unido
Duración: 109 min.
Año: 2012
Título Original: Lore
Web Oficial: http://karmafilms.es/ficha_cine.php?ID=166